

de arruinar la religion (1). Desde que el mundo existe, dice *Rutebeuf*, no ha habido tan poco temor de Dios como bajo el gobierno de Roma (2). Voces más graves todavía se levantaron en el siglo XV. *Alain Chartier* acusa á los clérigos de haber "alejado á los corazones de la Santa Iglesia con su disolucion" (3). Los hombres se preguntaban, dice *Erasmus*, si aquella vida de depravacion era el fruto de la doctrina evangélica: "más valdria entónces no tener Evangelio" (4).

Los poetas y los letrados eran los órganos de la opinion pública, y la opinion pública no hacia más que repetir lo que decían los papas y los concilios. Ya en el siglo XIII acusaba Alejandro IV con singular acritud á los clérigos de que su vida deshonesta engendraba el desprecio de la religion: "Por culpa de los sacerdotes concubinarios, decia, es blasfemado el nombre de Dios en el mundo; por culpa de ellos desdeñan los fieles los Santos Sacramentos, y por ellos se pierde la piedad" (5). No son ménos severos los concilios: "Los clérigos, dice el sínodo de Brema de 1266, se conducen como si no tuvieran más Dios que su vientre, y por esto se envilece la religion." Idénticas quejas se hallan en los concilios de Viena y de Magdeburgo (6). En los siglos XIV y XV añadió la Iglesia la locura á la corrupcion. Veíanse dos papas excomulgarse uno á otro y excomulgar á todos los que reconocían al papa rival. ¡Hé ahí, pues, la cristianidad entera entregada á Satanás! Y ¿por quién? Por un Juan XXIII, manchado con todos los crímenes imaginables; por un Benedicto XIII, ambicioso, hipócrita redomado, que sacrificaba la paz del mundo cristiano á su obstinacion. ¿Qué impresion debía producir este espectáculo en los espíritus? La fe perecía; los hombres dudaban de Dios y se decían: "Si fuera verdadera la fe cristiana, ¿consentiría Dios lo que pasa á nuestra vista? ¿No castigaría á los que se llaman sus ministros? Dejemos, pues, esa ley impotente; hagamos una á nuestro gusto, y gocemos de los bienes de la tierra, pues que no hay otra vida" (7).

(1) *La Bible Guiot*, en BARBAZAN, *Contes*, t. II, p. 331.

(2) RUTEBEUF, *Œuvres*, t. I, p. 233.

(3) ALAIN CHARTIER, *Œuvres*, 388.

(4) ERASME, in *Psalm. IV Concio* (t. V, p. 271).

(5) ALEXANDRI IV *Epist.* (MANSI, t. XXIII, p. 828).

(6) *Concilios de Brema*, 1266 (MANSI, t. XXIII, p. 1157); *de Viena*, 1267 (ib., p. 1170); *de Magdeburgo*, 1286 (ib., t. XXIV, p. 73).

(7) *Oratio in Constantiensi Concilio habita* (VON DER HARDT, tomo III, p. 3).—ANDRÉE, *Episcopi Megarensis Gubernaculum conciliorum* (ib., t. IV, p. 172).

#### N.º 2.—Reaccion contra la concepcion católica de la vida.

El monaquismo domina en la religion de la Edad Media, y el monaquismo es la abdicacion de la familia y de la propiedad, sin las cuales no hay sociedad posible. Compréndese que se renuncie á la vida en una época de decadencia, cuando la vida gastada y decrepita se extingue. Tal era el imperio romano: no se necesitaban grandes esfuerzos para separarse de un mundo tan miserable como corrompido. Las ciudades quedaron desiertas y los desiertos se poblaron. La existencia de los anacoretas era, pues, una reaccion contra el materialismo antiguo y la corrupcion romana. Mas no es así como la Iglesia considera el monaquismo; ve en él la realizacion de la perfeccion evangélica. Y ¿no es absurdo celebrar como ideal de la vida una existencia que execra la vida y exalta la muerte? No habian venido los pueblos bárbaros para renunciar á la vida en una contemplacion soñolienta del cielo; habian venido para renovar la vida, y vivir es obrar. De ahí una radical oposicion entre la concepcion de la vida, tal como se derivaba del espiritualismo cristiano, y las tendencias de la raza germánica que produjeron una reaccion violenta contra la Iglesia y contra la religion.

La antipatía del guerrero germano á las gentes de Iglesia resalta en las *Canciones de Gesta*, esas rudas epopeyas que retratan las costumbres de la edad heroica de la feudalidad. Y cosa singular, ningun papel juega en ellas la religion, y hasta poco respeto al clero atestiguan en ellas los caballeros. En *Renaud de Montauban* reprocha duramente el viejo *Aimon* á sus hijos el haberse dejado morir de hambre, cuando podían alimentarse de *crasos monjes*; el poeta hace una tentadora descripcion de su bella y sabrosa carne, como si se tratara de un venado (1). No ver en los religiosos sino una especie de caza era tener una idea bien poco reverente de la santidad de su condicion. No inspiraban las iglesias más respeto que sus monjes: oigamos las órdenes que *Raoul de Cambray* da á sus caballeros al invadir el Vermandois: "Colocad mi tienda en medio de la iglesia; haced de su pórtico una cua-

(1) *Histoire littéraire de la France*, t. XXII, p. 680.

dra para mis caballos: tended mis esparaveles sobre las cruces de oro, y preparadme delante del altar un rico lecho." Esta barbarie no es todavía incredulidad, pero se acerca á ella. Despues de haber quemado un convento con las religiosas que en él moraban, ordena *Raoul* un espléndido festin para sus guerreros; su senescal hace la señal de la cruz, y le pregunta si quiere renegar de la santa cristianidad cuando da tales órdenes en plena cuaresma; y *Raoul* confiesa que se habia olvidado de la cuaresma. La religion de la Edad Media consistia exclusivamente en prácticas exteriores; olvidarlas era olvidar que se era cristiano. En realidad, la religion ejercía poca presion sobre los hombres que no respetaban más que la fuerza. Ernando de Douai, perseguido por *Raoul*, implora su piedad, y recibe esta respuesta que respira más la crueldad de Aquiles que la dulzura de un discípulo de Cristo: "¡Mira! dice *Raoul*, lo que te conviene es huir... Ni tierra, ni hierba, ni todos los santos que deben servir á Dios te pueden salvar" (1). La religion ejercía tan poca influencia en los hombres de guerra porque separaba un abismo los sentimientos de los caballeros de los de los clérigos. En la *Cancion de Girbert de Metz*, Fromondin, uno de los héroes bordeleses, dice que si habitara el cielo con los ángeles y hubiera de caer en el infierno, saldría del paraíso y se entregaría al diablo ántes que dejar el feudo á su enemigo (2). La vida de este mundo con sus combates y sus aventuras tenía más atractivo para los barones que todos los místicos goces de los elegidos. En los *Loherains* dice uno de los héroes: "Si yo tuviera un pié en el paraíso y otro en el castillo de Naisil, sacaría el del paraíso para ponerlo dentro de Naisil."

Los guerreros sentían instintivamente la falsedad del ideal cristiano. Vivir es luchar, mientras que el ideal de los monjes es la contemplacion y la inaccion. La oposicion entre los instintos de la naturaleza y el dogma debía conducir á una impiedad brutal á los hombres que pasaban su vida en los combates y no conocían ni estimaban más que la fuerza. Los *Brabanzones* se complacían en profanar las cosas santas y se gozaban en atormentar á los sacerdotes: sus excesos sacrilegos prueban que no tenían ni rayo de creencia cristiana. No to-

(1) RAOUL DE CAMBRAY, publicado por E. LE GLAY, páginas 50, 63, 118.

(2) *Histoire littéraire de la France*, t. XII, p. 627.

das las gentes de guerra hacían la vida desarreglada de los Brabanzones; pero despues de todo, eran el tipo de los guerreros incultos de la Edad Media. Así se muestra en la poesía. Los romances (*fabliaux*) representan á los barones despreciando á la Iglesia y sus prácticas, no profesando ningun culto, no creyendo en Dios ni en los santos, y, sobre todo, animados de un odio furioso contra los clérigos, hasta el punto de desear aporrear al último de los sacerdotes (1).

Con la civilizacion desapareció la brutalidad; pero la impiedad sobrevivió, tomando nuevas formas. Los hombres querían gozar de la vida, y la religion les enseñaba que era preciso huir de ella; dejaron el dogma y se atuvieron á la naturaleza. Esta oposicion encontró en el siglo XII un tipo en *Guillermo*, conde de Poitiers: caballero y trovador, representa desde la Edad Media el genio ligero y frívolo de la nobleza francesa. Una de sus hazañas fué invadir una iglesia donde el legado del papa habia reunido á los obispos en concilio. Arrastrado á su pesar á la cruzada, perdió en ella inmensas riquezas, y se consoló con un poema que, al decir de los contemporáneos, era una bufonada indecente, lo cual no impidió que fuera aplaudido. Los historiadores lo pintan como un escéptico atrevido que alardeaba de no creer en Dios. Es lo cierto que la concepcion de la vida que inspira su poesía es la de la naturaleza: "Pues que vemos florecer los prados, reverdecer los verjeles, aclararse los arroyos y las fuentes, despejarse el aire y los vientos, es bien justo que cada cual recoja la parte de goce que le corresponda" (2).

Aunque la frivolidad de espíritu en el seno de una vida de placer no sea todavía incredulidad, revela sentimientos hostiles á la doctrina cristiana. El caballero, hombre de mundo, se complace en él y goza; forma contraste con el monje, que huye del mundo y cree que todo placer es un crimen: es la oposicion entre la naturaleza tal como sale de las manos de Dios y el espiritualismo cristiano. La literatura es juntamente la expresion de este estado social y el ideal de la sociedad laica. El célebre trovador *Sordel* ruega á su señor que no le lleve á la cruzada; confiesa que se ganaba la salvacion

(1) BARBAZAN, *Fabliaux*, t. I, p. 200.—LE GRAND D'AUSSEY, *Fabliaux*, t. IV, p. 264.

(2) FAURIEL, *Histoire de la littérature provençale*, t. I, páginas 449-477.

en aquellas expediciones: "Pero, dice, yo no tengo prisa de salvarme; quiero llegar lo más tarde posible á la vida eterna," (1). El cielo cristiano tenía poco atractivo para los poetas, que preferían los placeres de la vida: "No hay paraíso fuera del dinero, de comer bien y de beber buen vino y de reposar en delicado lecho," (2). Tales gustos estaban más en armonía con el paraíso de Mahoma que con la visión beatífica; y así los poetas, en su audacia impía, trasformaron el cielo en un lugar de delicias. El autor del *Partenopéus de Blois* dice que perdona á Dios su paraíso si no entran en él las damas de hermoso rostro (3). Un trovador hace del cielo cristiano una especie de paraíso musulmán "donde hay las más hermosas damas, reclíadas en divanes cubiertos de flores," (4).

La poesía es siempre la imagen más ó ménos exacta de la vida real. El epicureísmo invadió las clases superiores, y epicúreo era sinónimo de incrédulo, de enemigo del Cristo. Ya en el siglo XIV eran tantos los epicúreos, que *Dante* les asignó todo un círculo del infierno, y nombra entre los sectarios del filósofo griego á dos Florentinos. *Farinata degli Uberti* no creía en la otra vida, y afirmaba que era preciso gozar de la presente; el mismo infierno no parece que producía una gran impresión en el atrevido escéptico. *Cavalcante Cavalcanti* tenía la reputación de un ateo; cuando las buenas gentes, dice *Boccaccio*, le veían pensativo por las calles de Florencia, suponían que buscaba argumentos para probar que no hay Dios. Federico II no podía faltar en este círculo; pero se hallaba en buena compañía con un cardenal y un papa que no habían estado en vida muy seguros de tener alma. El círculo de los incrédulos era uno de los más poblados (5). *Dante* llama á los epicúreos heresiarcas, y formaban, en efecto, la peor de las herejías: su oposición contra la Iglesia era más radical que la de los sectarios; éstos querían volver al verdadero cristianismo, mientras los epicúreos querían destruirlo (6).

(1) MILLOT, *Histoire des Troubadours*, t. II, p. 98.

(2) JUBINAL, *Fabliaux*, t. II, p. 204.

(3) DENIS PYRAM, *Partenopéus de Blois*, edic. de Robert y Crapelet.

(4) GUILLEBERT DE BERGEDAN, en MILLOT, *Troubadours*, tomo II, página 131.

(5) *Inferno*, canto IX y X. *BENVENUTO DE IMOLA* dice que la secta de los epicúreos es la más numerosa (RENAN, *Averroès*, página 227).

(6) El poema de la *Descente de S. Paul aux enfers* habla de una sociedad secreta que había jurado la destrucción del cristianismo (OZANAM, *Dante*, p. 345).

No quedó el epicureísmo en estado de instinto; llegó á ser una doctrina. Dos poetas igualmente célebres nos dan á conocer esta teoría anticristiana. El *Romance de la Zorra* no se contenta con ridiculizar el culto de la Iglesia; opone la religión de la naturaleza al espiritualismo cristiano. Á la muerte del héroe, el asno, en su calidad de arcipreste, hace un sermón, especie de panegírico de los hechos y gestas de la *Zorra*; y después, dirigiéndose al rey, le dice que haga proclamar en su imperio que todos sus súbditos deben vivir y multiplicarse, que á este precio les serán perdonados todos sus pecados; que por toda penitencia deberán comer de grasa todos los días de la semana: "Los que obedezcan estos mandamientos irán al paraíso; y en cuanto á los hombres, mujeres ó bestias que se nieguen á vivir, serán castigados por los tormentos del infierno," (1). Esta moral era igualmente predicada en el *Romance de la Rosa*, tan extendido como el de la *Zorra* entre las clases elevadas. La popularidad de los dos poemas anticristianos atestiguan por sí sola cuánto se habían alterado las convicciones religiosas. Uno de los grandes doctores de la Edad Media, *Gerson*, vituperó la doctrina de *Guillermo de Meung* (2); pero el público letrado no fué de su opinión; glorificó al poeta como "excelente é irreprochable doctor en la santa divina Escritura y eminente filósofo," (3). Extraño teólogo aquel cuya obra no respira un sentimiento cristiano; pudiera más bien decirse que era el renacimiento del paganismo (4) ó la fácil moral que se ha predicado en nuestros días bajo el nombre de rehabilitación de la carne (5).

Hé ahí la doctrina de que se alimentaba la sociedad letrada. ¿Cómo extrañar que en el siglo XV fuera tan general el epicureísmo, aun entre los clérigos? (6). Esto, que *Erasmus* llama el paganismo cristiano, que no conoce otro Dios que el placer (7), era una reacción contra el espiritualismo; y como toda reacción, fué exagerada. Error sería, sin embargo, creer que la poesía no cantaba más que un

(1) *Roman de Renart*, t. III, p. 354-356.

(2) GERSON, *Tractatus contra Romanium de Rosa* (Op., t. III, página 297-308).

(3) NISARD, *Histoire de la littérature française*, t. I, p. 136.

(4) VILLEMMAIN, *Histoire de la littérature au moyen-âge*, lección XVII.

(5) GERUSEZ, *Histoire de la littérature française*, p. 71.—Véase el sermón de *Genius*, en el *Roman de la Rose*, t. III, p. 148-157 v. 20514 y sig., ed. de Didot.

(6) ERASMI SYLVIVUS, *Epist.* I, 166.

(7) ERASMI *Enarratio Psalmi, Beatus Vir* (Op., t. V, p. 175).

grosero materialismo. La literatura expresa, al propio tiempo que la realidad, la esperanza de la sociedad y sus aspiraciones: tal es especialmente la misión de los poetas, y no fueron infieles á ella en la Edad Media. La religión práctica se resumía en dos palabras igualmente desesperantes: el infierno para la inmensa mayoría de los hombres y el paraíso para un pequeño número de elegidos. La conciencia humana protestó contra esta horrible doctrina por el órgano de un famoso trovador enemigo nato de la Iglesia. Oigamos á *Juan Cardinal* elevar á Dios mismo representaciones contra la doctrina que se enseñaba en su nombre; su *serventesio* es tan audaz en el pensamiento como en la expresión:

"Yo quiero comenzar un nuevo *serventesio* que recitaré el día del juicio á Aquel que me ha creado y sacado de la nada, si intenta acusarme de algo y si quiere mandarme al infierno. Yo le diré: "No, no, Señor, gracias. Guardadme, si os place, de los verdugos del infierno, ya que he pasado mis años atormentándome en este perverso mundo á que me habeis enviado." Toda la corte celestial se maravillará de oír mi defensa: yo diré á Dios que falta hácia los suyos si piensa destruirlos y sepultarlos en el infierno. Sería justo que toda alma que lo deseara pudiera entrar en el paraíso. Toda corte en que los unos ríen y los otros lloran no es una corte perfecta. Y por poderoso soberano que Dios sea, si no nos acoge se le pedirá cuenta de ello. Debería aniquilar al diablo, y ganaría muchas almas. ¡Aniquilad, pues, Señor, á nuestro cruel é importuno enemigo! Yo no quiero desesperar de Vos: no, en Vos pongo mi confianza, porque debeis socorrerme en mi muerte y salvar mi alma y mi cuerpo. Ó si no, yo os hago una proposición leal: volvedme adonde estaba ántes de nacer y de donde me habeis sacado, ó perdonadme mis faltas, porque, á no haber existido, no las hubiera cometido. Si habiendo sufrido aquí fuera á arder en el infierno, sería, en mi sentir, una injusticia, porque, puedo jurároslo, para un bien que yo haya tenido en el mundo he sufrido mil males," (1).

El infierno era el poderoso instrumento con el cual la Iglesia civilizaba á los Bárbaros; pero un instrumento peligroso, porque rebajaba la moralidad al propio tiempo que quería moralizar. Este

(1) FAURIEL, *Histoire de la poésie provençale*, t. II, p. 182-184.

vicio del dogma cristiano fué ya puesto de relieve en la Edad Media. *Joinville* cuenta que un fraile encontró en una calle de Acre á una mujer muy vieja, la cual llevaba en su mano derecha una escudilla llena de fuego y en la mano izquierda un frasco lleno de agua. El fraile le preguntó: "Buena mujer, ¿qué quieres hacer con esa agua y ese fuego que llevas?" Y ella le respondió que con el fuego quería quemar el paraíso y con el agua apagar el infierno. Volvió á preguntarle el religioso por qué decía tales palabras, y ella contestó: "Porque no quiero que nadie haga jamás bien en este mundo por tener el paraíso como galardón, ni que nadie se guarde de pecar por temor á los fuegos del infierno; que el bien debe hacerse por el íntegro y perfecto amor que debemos tener á nuestro Creador-Dios, el cual nos ha amado tanto, que por nuestra redención se ha sometido á la muerte," (1). *Joinville* no hace más que contar; ni aprueba ni desaprueba; pero el ingenioso narrador no estaba lejos de ser un incrédulo. Y no hay que hacer exclamaciones contra nuestro aserto; el mismo *Joinville* nos dirá si sus sentimientos eran los de un ferviente católico. Preguntóle un día San Luis: "¿Qué preferirías, ser leproso y lacerado ó haber cometido y cometer un pecado mortal?"—"Yo, dice *Joinville*, que jamás le quise mentir, le respondí que preferiría haber cometido treinta pecados mortales á ser leproso." Cuando estuvo solo con su amigo, el rey le riñó dulcemente; pero *Joinville* persistió en su opinión.

¿Cómo conciliar estos sentimientos con el dogma cristiano? Podría creerse que no eran más que instintos lo que los católicos llaman inspiraciones del diablo, y que, á pesar de las seducciones del tentador, quedaba á salvo la fe. Pero nada de eso: abriábase paso pensamientos extraños que no iban á nada ménos que á quebrantar en sus fundamentos el cristianismo; y no era la incredulidad, era el germen de una nueva fe, más amplia, más consoladora que la fe cristiana. El autor de un romance (*fabliau*) hace la misma crítica del pecado original que la filosofía moderna: "La falta de Adán no es una caída que vicia la naturaleza humana, es el despertar al conocimiento, es decir, á la vida," (2). Negar el pecado original es creer que

(1) JOINVILLE *Histoire de S. Louis*, p. 85, ed. Ducange.

(2) LEGRAND D'AUSSEY, *Fabliaux*, t. III, p. 246.

todo hombre puede salvarse y que todos se salvarán. La creencia en la salvación universal estaba muy extendida en el siglo XV: se resistían á creer que Dios hubiera creado las almas para tener el placer de condenarlas (1).

Así surgió una creencia más verdadera de la oposición en un principio irreflexiva é instintiva de la naturaleza humana contra el excesivo espiritualismo cristiano. La oposición era inevitable en el sentido de que la doctrina católica era falsa, mientras los instintos de la naturaleza eran la expresión de la verdad. Y como entra en los designios de la Providencia el favorecer el desarrollo de la verdad, circunstancias exteriores que los hombres en su ignorancia atribuyen al acaso despertaron la libertad del pensamiento en medio de las tinieblas de la Edad Media: tales fueron el contacto del Occidente cristiano con el Occidente mahometano y el renacimiento de la antigüedad.

#### § II.—Influencia del mahometismo.

La fe en una religión revelada sólo puede mantenerse en el aislamiento. Hé ahí por qué aisló Moisés á los Israelitas: separándolos del resto de la humanidad, fué como llegó á hacer de ellos el pueblo de Dios; pero al propio tiempo se hizo ese pueblo elegido, que, al decir de los católicos, representaba la futura Iglesia, el más insociable de los pueblos; y si es un tipo, lo es de la estrechez que caracteriza á las revelaciones milagrosas. El aislamiento es una violación de las leyes de la naturaleza; las naciones, como los individuos, deben vivir en sociedad. Ahora bien, desde el punto en que los hombres se relacionan, se ensanchan sus sentimientos, se extienden sus ideas. La religión se pierde, dirán los adoradores celosos de un Dios que hacen á su imagen; pero no, la religión deja de ser el privilegio de una pequeña sociedad, para elevarse á patrimonio común del género humano.

Jamás salía el pueblo judío de su estrecha existencia sin sacrificar á los dioses de los paganos. Lo propio aconteció á la cristiandad en la Edad Media. La invasión de los Bárbaros fué como la muerte del mundo antiguo; el Occidente católico se separó del resto de la tierra; y mientras duró el aislamiento, quedaron los creyentes al abrigo de

la duda: hubo siglos de ciega fe y de tinieblas intelectuales. Mas hé aquí que la Iglesia misma levanta á Europa y la lanza contra el Asia: en ningún momento aparece más patente el gobierno providencial que en las cruzadas. Emprendidas por la Iglesia con un interés de ambición y de propaganda religiosa, las guerras sagradas arruinan á la Iglesia y comprometen la religión del Cristo. La fe sin límites que inspiraba á los cruzados se puso en contacto con una creencia no ménos fanática: ¿cuál fué el resultado de la colisión? En los libros de caballería disputan sobre la teología los héroes cristianos y sarracenos: cada cual sostiene naturalmente la superioridad de su religión. Empero estas relaciones acabaron por despertar la reflexión: al ver á los discípulos de Mahoma de tal modo apegados á su fe que ninguno consentía en abandonarla por la del Cristo, concibieron dudas sobre su creencia los cristianos. Bajo el punto de vista filosófico, dos revelaciones que coexisten se destruyen recíprocamente. Tal fué también á la larga el efecto de la lucha entre el cristianismo y el mahometismo. Sabido es el fanatismo que animaba á los primeros cruzados; la intolerancia alimentó las cruzadas y duró tan largo tiempo como las guerras sagradas. Sin embargo, al fin de estas luchas seculares se despertaron mejores sentimientos, á lo ménos entre los poetas que cantaban las hazañas de los guerreros y que á las veces tomaban parte en ellas. En un poema caballeresco de *Wolfram de Eschenbach* se lee una apología de los Gentiles; los acentos del poeta son dignos de la poesía, que debe cantar el amor y no el odio: "Dios, dice, que es todo misericordia, ¿habría creado á los hombres para entregarlos á la muerte eterna?" (1). La idea misma de una guerra emprendida para convertir á los infieles por la fuerza de las armas, esa idea, más mahometana que cristiana, encontró censores. Hubo un clérigo que no temió atacar al papa y á los príncipes que se arrojaban "como bestias feroces," sobre pueblos cuya creencia difería de la suya: ¿no harían mejor, dice, en esperar, como Dios lo hace, á que esos hombres extraviados volvieran por sí mismos á la verdadera fe? (2).

Se acusa á los católicos de intolerancia; pero bajo su punto de vista tiene razón, porque de la

(1) GERVINUS, *Geschichte der deutschen Dichtung*, t. I, p. 406.

(2) GUILLAUME, clérigo de Normandía (*Histoire littéraire*, tomo XIX, p. 662).

(1) GERSON, *Sermo de nativitate Domini* (Op., t. III, p. 947).

tolerancia á la idea de que todas las religiones son santas no hay más que un paso. Hubo ya en la Edad Media sectas que sostenían que la fe de Mahoma era tan verdadera como la de Jesucristo (1): la indiferencia conducía á la incredulidad, y así se vió en Federico II y su cortejo. Un príncipe que tenía íntimas relaciones con los Sarracenos, y que hablaba de teología con los doctores árabes, no podía ya ver en el cristianismo la única religión verdadera. Ahora bien, creer que todas las religiones son verdaderas es decir en un cierto sentido que son todas falsas. De aquí la blasfemia de los *Tres Impostores*. Inocencio IV reprochó al incrédulo emperador su predilección por los Sarracenos; los Árabes afluían á su corte, y en pos de ellos la indiferencia y la incredulidad fueron ganando hasta los dignatarios de la Iglesia. El cardenal Ubal dini, amigo de Federico II, profesaba abiertamente el materialismo (2).

Otra fuente de incredulidad fué el mal éxito de las cruzadas: podría llamarse la incredulidad de la desesperación. Los cruzados habían tomado las armas al grito de *¡Dios lo quiere!* Creíanse seguros de la victoria; y cuando vieron á los Sarracenos vencedores, dudaron de un Dios que los había engañado: la desesperación fué tan amarga como profunda había sido la fe. Su cólera se volvió desde luego contra la Iglesia; el clero era quien había encendido las guerras que llamaba santas. Había prometido á los combatientes el apoyo de milicias celestiales, y las humillantes derrotas de los cruzados dieron un sangriento mentís á las promesas. Oigamos al trovador *Austoro de Orlac*, que después de la muerte de San Luis, exclama: "¡Maldito sea el clero! ¡Malditos sean los turcos que nos han retenido en esta tierra! Pero ¿no es Dios quien ha hecho este mal? ¿No es El quien les ha dado el poder? De hoy más no se debe creer en Jesucristo; es justo que adoremos á Mahoma, pues que Jesucristo y la Santa Virgen quieren que seamos vencidos contra todo derecho," (3). Como se ve, la reacción no se detuvo en la Iglesia: ¿no se identificaba la Iglesia con la religión? Los cruzados oían decir á los enemigos de la cristiandad: "¿Dónde está vuestro Dios cuya tumba venis á rescatar? ¿Por

qué os abandona?" (1). Lo que los infieles echaban en rostro á los cristianos como un insulto se lo decían á sí propios los cristianos. El canto famoso del *templario trovador* es una acerba revelación de estos sentimientos:

"El dolor y la cólera han tomado asiento en mi alma, y poco falta para que me maten. Caemos bajo el peso de esa cruz que habíamos tomado en honor de Aquel que en ella fué enclavado. No hay ya ni cruz ni fe que nos valga contra esos malditos felones de Turcos; no parece, y todo el mundo puede verlo claramente, sino que Dios los mantiene para nuestro mal... Los Turcos han jurado bien alto no dejar en estos lugares un solo creyente en Jesucristo; y de la Iglesia y de la Santa Virgen van, dicen, á hacer una mahomería. Pues si Dios, á quien todo esto debiera disgustar, lo consiente y halla bien, nosotros también necesitamos contentarnos. Buen loco será, pues, el que busque querellas con los Turcos, cuando todo se lo permite Jesucristo... Dios, que ántes velaba por nosotros, duerme, y el poder de Mahoma resplandece," (2).

¿Quién creería que este canto emana de uno de los guerreros que consagraban su vida á la defensa de la cristiandad y que fueron por largo tiempo terror de los infieles? El nombre del Temple despierta el recuerdo de una lúgubre tragedia: la orden entera fué suprimida como infectada de herejía y de incredulidad. Apenas nos atrevemos á hablar de los errores religiosos de los Templarios en presencia del crimen de sus jueces, y debiéramos decir de sus verdugos; mas, puesto que un concilio los condenó, preciso es que reñamos, á lo ménos, las acusaciones dirigidas contra las víctimas. El papa escribió en 1306 á Felipe el Hermoso que circulaban acerca de los Templarios rumores increíbles, inauditos (3). Decíase que los novicios, después de recibir la *investidura de la orden* (el manto blanco con la cruz roja), eran llevados á un lugar secreto donde se les hacía escupir y pisotear la cruz, renegando de Jesucristo como un impostor; que los recalcitrantes eran castigados con la prisión y aún con la muerte, así como los que revelaban este horrible secreto; y en fin, que adoraban en vez de Jesucristo á un Dios desconocido, á

(1) *Epistola Gregorii IX*, a. 1274 (MANSI, t. XXIV, p. 40).

(2) FAUREL, *Histoire de la poésie provençale*, t. II, p. 138.

(3) *Epistola Clementis ad Philippum* (BALUZE, *Vita Pap. Aven.*, tomo II, p. 75).

(1) D'ARGENTRÉ, *Collectio Judiciorum*, t. I, P. I, p. 396.

(2) RENAN, *Averroès*, p. 228-230.

(3) *Histoire littéraire de la France*, t. XIX, p. 606.